

Los Realistas al conocer la tragedia de la Batalla de Boyacá

The Royalists upon learning of the tragedy of the Battle of Boyacá

*Por Rodrigo Campuzano Cuartas*⁶⁸

Resumen: El artículo presenta la percepción y los comportamientos de diferentes autoridades realistas, al conocer la derrota de la Tercera División del Rey en Boyacá: el Virrey, la Audiencia, el cabildo Metropolitano, dos obispos, un coronel y un Gobernador. La intención es hacer visible sus diversas respuestas, unas cercanas entre sí y otras distantes. Las explicaciones que dieron, giraron en torno a hechos derivados de la mencionada derrota, entre ellos, la difusión de la noticia, la fuga, el viaje o la reactivación militar; el comportamiento del Virrey y el compromiso de informar al Rey o la referencia al enemigo. En conjunto, un heterogéneo grupo de formas de razonar espontáneas, emotivas y prolíferas en expresiones y juicios, que en cierta forma desahogaron esa ansiedad, ese temor, esa rabia y esa desesperación cuando los individuos viven graves riesgos y una desestabilización significativa de sus condiciones de existencia.

Palabras Claves: Batalla de Boyacá, Noticia, Santa Fe, Honda, Nare, Mompo, Cartagena, Fuga, Sufrimiento, Rebelde, Iglesia, Real Audiencia, Su Majestad.

Abstract: This article presents the perception and behaviors of different authorities when knowing the defeat of the Third Division of the King in Boyacá: the viceroy, the Audiencia, the metropolitan council, two bishops, a colonel, and a governor. The intention is to make visible their varied responses, some close to each other, others distant. Their explanations

⁶⁸ Administrador de Negocios (EAFIT), historiador de la Universidad de Antioquia y Magister en Historia de la Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín. Docente de Historia de la U. de A. y la UNAL. Investiga sobre el siglo XIX, historia local, cultura, sociedad y política. Miembro de la Asociación Colombiana de Historiadores, Capítulo Antioquia y del Centro de Historia de El Retiro. Miembro de Número de la Academia Antioqueña de Historia.

focused on events derived from the mentioned defeat, including the dissemination of the news, the escape, the trip, or the military reactivation; as well as the behavior of the viceroy, the commitment to inform the king, or the reference to the enemy. Altogether, a heterogeneous group of spontaneous, emotional and prolific ways of reasoning in expressions and judgments, which in a certain way relieved that anxiety, that fear, that anger, and that despair when individuals face serious risks and a significant destabilization of their conditions of existence.

Keywords: Battle of Boyacá, news, Santa Fe, Honda, Nare, Mompox, Cartagena, escape, suffering, rebel, Church, Royal Audience, Majesty.



Fusilamiento de los próceres de Cartagena durante la expedición pacificadora de Pablo Morillo. Litografía en color, Gregorio Jaspe, ca. 1886.

Presentación

Escribir la historia desde la forma en que los actores percibieron las circunstancias, es algo inusual porque la generalidad es hacerlo desde el autor que las indaga. En buena parte aquí se ha elegido el primer camino, al preguntarse por las reacciones realistas ante su tragedia: la imprevista derrota de la Tercera División del ejército de Su Majestad. Por supuesto no a todos los realistas es posible incluir, pero sí a los principales exponentes del gobierno y la Iglesia de la Restauración, un sector exclusivo por su compromiso y en consecuencia, el que más estuvo en peligro. Las posiciones que asumieron, son un pequeño fragmento biográfico de sus maneras de pensar en una coyuntura, quizás la mayor de sus trayectorias. No fue para menos, la ruptura de la estructura de un poder político debido a un acontecimiento.

El punto a considerar es ¿cómo el individuo sobre el cual se sustenta ese poder de rasgos estables respondió y se reubicó, al mismo tiempo que padeció las implicaciones de las situaciones desatadas? No es que aquí se exprese una copia exacta de lo hecho y pensado; es una aproximación que, producida dos siglos después, pretende conocer la interioridad de sus mentes. En este sentido, es una mirada imperfecta, a la manera como Collingwood concibió el deber del historiador al enfatizar la importancia del pensamiento. (Núñez Arancibia, 2014).

Colocar aquí el verbo padecer como rasgo dominante, corresponde a la realidad que encerró a los actores históricos; la del sufrimiento, los afanes y ansiedades. Que expresaran al rey dichas sensaciones o a otro destinatario, ocurrió por la necesidad de dar salida a sus sentimientos y a justificar comportamientos y lograr ayuda militar y política. También fidelidad, pero desajustada por discrepancias sobre el proceder del virrey y del comandante de la Tercera División. En unos es inminente la catástrofe subsecuente a la derrota militar, en otros, ven posibilidades y en no pocos, existió la fuerza interior de resistir hasta el final. Esta diversidad, corresponde a personajes situados en instituciones que los condicionaron y en momentos específicos de la coyuntura, factores desde los cuales se expresó un sentido de conservación individual y de la soberanía real.

Es necesario advertir en este escrito que los personajes considerados expresaron puntos de vista variables, determinados por sus pareceres,

pertenencias institucionales y circunstancias. Los hechos son los mismos y la consecuencia es forzar al lector a encontrarse con la repetición de lo ocurrido, o sea la derrota militar, la llegada de la noticia a la capital, la fuga precipitada, la navegación río abajo y la estadía en Cartagena. Finalmente cabe otra advertencia, la base que soporta este texto, la documentación primaria explorada, se ha asumido con una mirada extensiva. Otro autor podría tener un enfoque diferente, el de elegir menos actores históricos para obtener más profundidad. La cobertura ha estado prevista para abarcar el marco del poder realista constituido por el gobierno, la autoridad militar y la eclesiástica.

Llega la novedad a la capital del Reino

1

En la noche del 8 agosto de 1819, entre las 8 y las 9, el virrey Juan Sámano conoció lo ocurrido el día anterior en la Batalla de Boyacá y cuyo desenlace había concluido a las cuatro y media de la tarde (Friede, 1969, 143). ¿Qué pudo pasar por su mente en ese momento? Las palabras angustia y ansiedad, podrían ser apropiadas para describir el estado emocional de alguien que es responsable del gobierno y sorpresivamente se encontró en inminente peligro de su derrumbe. Lo debió inquietar, el poco tiempo que tenía para responder a la emergencia, experimentó temor si caía en manos del ejército patriota y ansiedad por definir cómo proceder. Al tratar de concebir cómo pudo acontecer, su imaginación le hizo construir una fugaz figura de una gran debacle luego de una batalla.

La presión sanguínea y el ritmo de su corazón debieron alterarse y esta reacción, si bien pudo no afectarle su capacidad racional, estuvo acompañada de una sensación interior que seguramente a lo largo de su vida nunca había experimentado. No era miedo sino una inestabilidad en que se conjugaron el desconcierto, los nervios, el furor, el apremio y desespero porque sin tiempo que perder, tenía que velar por su supervivencia, disponer de lo más preciado de sus bienes, pensar en los integrantes de su gobierno, en los más cercanos a él, en los compatriotas españoles, en la alta jerarquía de la Iglesia, en la fuerza militar a su cargo, en la salvación de los más significativos elementos simbólicos de la monarquía para que no fuesen mancillados, en la salvación del erario real, muchas personas y objetos convergían en su mente.

Al nacer en 1753 tenía 66 años y por su edad avanzada era un hombre de lentos movimientos. Pocos como él guardaban tras de sí 52 años de experiencia en los asuntos militares. Ahora también estaba en ellos, pero como Virrey o sea con adicionales responsabilidades políticas y administrativas. Había llegado allí por reconocimiento a sus servicios, y era el final de su trayectoria militar y la compensación lo llenaba de orgullo. Al fin y al cabo, se había comportado siempre con un mismo empeño. No desde hace mucho era el primer mandatario de la Nueva Granada, más exactamente desde el 9 de septiembre de 1817 con la aquiescencia del general Morillo. Entre los santafereños se comentaba que era un Virrey viejo para regir un Reino tan basto, diverso y complejo, pero otra cosa era su forma de pensar; su experiencia y conocimientos estaban unidos a su férrea determinación por desempeñarse lo mejor posible, todo ello era más valioso que la juventud, esa edad inexperta e imprudente. Sabía también que se le consideraba rudo y despótico, pero siempre reflexionaba que un oficial del ejército del rey al relacionarse con los civiles, debía hacerse respetar y exigir obediencia pronta. Además, ¿no era el mismo trato que tenían los rebeldes cuando a toda costa sometían a la población y eran implacables con los vasallos del Rey que hasta llegaban al extremo de pasarlos “a cuchillo”? Sí se pasaban por las armas a neogranadinos sentenciados a ello por actos de rebeldía graves y a otros por acciones de menor calado se les desterraba y encarcelaba, pero qué más podía hacer si eran gentes fanáticas empecinadas en sus ideales erróneos. A él le correspondía reprimir todos estos comportamientos de modo que no progresaran, sobre todo porque los alzados en armas eran escurridizos y continuaban perturbando el ambiente político y la seguridad.

Le fue imposible ponerse a analizar en detalle lo sucedido y las implicaciones, e hizo que a los dos oficiales que les notificaron, rindieran un informe militar juramentado y ante el coronel Sebastián de la Calzada (Martínez Garnica, 2018, 64). Advertido del desastre, procedió a escribir un oficio informativo al general Pablo Morillo con “la infausta noticia”. Dedujo que al hallarse en Venezuela y enterarse de que “la División había sido enteramente derrotada”, sería tan desconcertante como lo era para él. Cuando le llegara su mensaje, si fuera posible, comprendería su conducta: Ya lo había decidido al tener en consideración “su poquísima tropa de infantería”: su destino sería el sur, Popayán, la provincia que años atrás reconquistó en aquellos tiempos de la que

se hablaba de una presunta República por crearse. Le fue un territorio confiable porque con su presencia, establecería contacto directo con Pasto y Quito y en conjunto, se podría reaccionar y emprender una nueva lucha liberadora que borrara el efecto del nefasto episodio de Boyacá (Martínez Garnica, 67).

Se sintió muy mal por tener que partir de la capital del Reino y dejarla a merced del enemigo; era inevitable y estratégica su determinación para no darse por vencido. Sería una locura permanecer infructuoso y además, porque caería en manos del odiado Bolívar o moriría luchando para nada. Huir para poder continuar la lucha era lo mejor, cuántas veces en la historia de las guerras no había acontecido con buenos resultados. Vendrían críticas, pero estaba convencido de ser el camino correcto y sí salía adelante, más tarde tendría las compensaciones. ¿A dónde dirigirse? Quizás a Popayán para unir esfuerzos con Aymerich, o mejor Cartagena, para incidir en la Costa Caribe y tener relación con Puerto Rico y Cuba. Sí, es mejor tomar el camino hacia el puerto de Honda, es difícil pero el río hacia Mompox facilitaría las cosas para después ir a Cartagena. La partida se ha retrasado demasiado, pronto aclarará y de día la persecución tiene ventaja.

Le bastó prever un acompañante protector y de confianza: su guardia personal y dos aspectos más, un traje de viaje discreto para no llamar la atención de los mirones, para engañarlos y creer que allí iba un acelerado paisano. Les extrañaría a los soldados que lo acompañan, pero no tendrían forma de indagarlo. ¿Y el equipaje? Muy ligero, el grueso lo llevaría a continuación de su partida, soldados de marcha más lenta. La velocidad será la que permitieran las caballerías, sus relevos y la oscuridad. Tenía muchos años, pero otros tantos de haber montado a caballo y sabía correr en ellos como el mejor jinete.

Procedió a redactar otro mensaje urgente: debía redireccionar a su origen desde el puerto de Honda un armamento procedente de Mompox. Lo aprovechó para ordenar al Gobernador de ese puerto dirigirse con su tropa hacia Popayán y de paso, que informase la situación al mandatario de Antioquia. Bien tuvo presente que faltaba mucha parte del territorio neogranadino por caer y sus mandatarios debían conocer cuanto antes la derrota de la División, para que asumieran responsabilidades defensivas y en conjunto, establecer focos de resistencia.

Afortunadamente había hecho caso omiso de los limitantes que en Venezuela, “una soberana disposición” impuso al general Morillo. Consistió en limitarlo en su capacidad militar por suspenderle las facultades con que había sido enviado a América. Desde entonces, estuvo sujeto a la aceptación y trámites del Superintendente y el Capitán General de allí para que le financiara sus campañas. Tan grave impedimento lo había llevado a la dimisión de su cargo, al considerar que lo construido con tanto esfuerzo se estaba derrumbando (Friede, 1969, 3-11). Aun no se conocía el resultado de su renuncia y esperaba que no se aceptase; si ocurría, implicaba que el Rey y sus ministros dieran la razón a quienes criticaban, conspiraban y atentaban en su contra. Qué equivocados estarían al creer, que empecinadas fuerzas rebeldes obsesionadas con la idea de libertad, serían convencidas con un trato reconciliatorio para retornar al seno de Su Majestad.

No hacía mucho había informado al general Morillo que el insurgente Bolívar había “penetrado al Reino con tres mil hombres”, ante lo cual había ordenado al “comandante general don José Barreiro cuidase de reunir sus fuerzas para oponerse al enemigo” (Lee López, 1989, 389). Luego, mucha información del transcurrir y a toda respondió para dar orientación y asistencia. Sabía de la acción del Pantano de Vargas, con un resultado favorable. Sí le inquietó, que unas líneas más adelante la misiva agregase que al enemigo le habían llegado refuerzos para reanimarle “algo sus pérdidas”, pero se complació de saber que en su desesperación había dispuesto una “ley marcial” que fracasó en su intención de forzar el reclutamiento (Friede, 1969, 98-99).

Estas eran las novedades del 31 de julio, sin saber más de la suerte de la Tercera División hasta el 8 de agosto de su derrota contundentemente. Una inexplicable interrupción, luego de que eran constantes los oficios; toda una semana sin saber nada cuando era el máximo responsable del Reino. No le quedó más que en ese lapso dedicarse a asuntos habituales en atención a los destacamentos desplegados en lugares diversos a donde se encontraba Barreiro.

En conclusión, durante su existencia de hombre previsto para la guerra y fogueado en la preservación del orden monárquico, consideró que nunca conoció un revés de esa magnitud, ni antes alguno le había significado la dimensión de la disyuntiva en que se encontraba.

2

Hoy 12 de agosto, por fin me siento a salvo en este miserable puerto de Nare y no importa el calor inclemente. La parada ha sido obligada a causa de arribar en la tarde y en la noche no se navegaba. Qué rápido había viajado a Honda habiendo salido muy temprano de Santafé el 8 y de allí partir en la madrugada del 11. Consideró que nadie había demorado tan poco en este recorrido ni siquiera el enemigo que le seguía los pasos, por lo cual debía haber aumentado la ventaja. Si se encuentra en Honda, no dispuso ni un champan ni una canoa porque todo lo usamos nosotros. Supuso que este impase le tomaría tanto tiempo que a lo mejor desistiera de embarcarse. Por fortuna, tenía las mejores bogas y el más espacioso champan y recordó que no le fue fácil obtenerlos por la confusión que se presentó al querer disponer todos, aunque fuese de una canoa.

Desafortunadamente, no pude traer conmigo todo lo que hubiese deseado y caerán en manos enemigas documentos, dinero del erario real, utensilios personales míos y de muchos. No sólo influyó no poder portarlos por su volumen y por la falta de cabalgaduras, también se debió al mucho afán que produjo el desorden al partir. Fue por cierto una lástima que cada uno incluyera lo suyo con prelación a los documentos y enseres del gobierno, situación en que se llegó a desobedecer órdenes superiores respecto a ciertos objetos. No menos incidió en las dificultades, la inoportuna hora de la salida en las que la oscuridad perjudicó a todos cuando trataron de encontrar aquello que querían salvar.

Me imagino que Calzada estaba en camino hacia Popayán con su batallón y demás soldados y civiles que lograrse reunir. Allí, con el gobernador de la provincia constituiría una fuerza poderosa para preservar esa extensa región; dispondría del refuerzo de Quito y el de las milicias indígenas de Pasto. Sin duda un frente de guerra, capaz de converger sobre Santafé junto con el que preveía construir en la costa. Pensó: quedará sepultado el desastre de la Tercera División y Bolívar buscar dónde refugiarse si acaso se salva.

Y Santafé, ¿cómo estará? La expansión de la novedad se habrá difundido como un reguero de pólvora en los pueblos del altiplano y más allá hacia el norte y sur. Qué desgracia, muchos falsos vasallos que lograron engañarme y a mis

subalternos, estarán emocionados, ¡desgraciados! Entre ellos deben existir funcionarios que se decían leales a voz llena ante mi gobierno y ahora para demostrar lo contrario, denigraran de mi para quedar bien con los rebeldes. Todo esto confirma que fueron correctas mis dudas sobre la sinceridad de muchos santafereños, que pasaron por mi despacho personalmente o por una recomendación escrita.

Han transcurrido cinco días desde el desastre y Santafé se encuentra en poder del despreciable Bolívar. Se estará ufanando como si me hubiese derrotado; muy equivocado está, derrotó a Barreiro pero no a su Virrey. En Cartagena lo contra atacaré, y se dará cuenta que la guerra permite que haya el desquite y la predisposición a continuar la lucha. Así debe comportarse un buen militar que posea una fuerza interior como la mía para superar las adversidades, aunque esta sea la más grande que he tenido. Aquí voy para asumirla cuando llegue a mi destino.

Por ahora estoy en este pequeño puerto de la provincia de Antioquia y debo aprovechar para escribir a su gobernador Carlos Tolrá. Preservar el dominio de su territorio es esencial porque si se pierde, es crear una brecha muy grande con Calzada, que dominará en Popayán a donde lo envié. Para ello debo informarle del suceso y hacer que se mantenga en su posición; lo estimularé con la promesa de un respaldo desde Cartagena y le haré caer en cuenta de que se prepare al ataque que le ha de llegar. Yo en la Costa Atlántica, Tolrá en Antioquia, Calzada en Popayán y Aymerich en Pasto y Quito, significan que no se encuentra perdida la Nueva Granada.

En la incomodidad del champán y de olor sudoroso de los bogas, hizo memoria de lo cansado y tenso que se sintió al llegar a Honda sin atribuirlo a su edad sino a lo peligroso del descenso de la cordillera por la rapidez de la marcha y la presión de sentirme perseguido. Concluyó que afortunadamente no se accidentó y de inmediato trasladó su recuerdo a Honda, donde dispuso de muy poco tiempo para reposar; no puedo hacerlo al ser requerido por los que estaban allí y los llegaban, todos con sus discusiones, versiones sobre novedades, distribución de las embarcaciones, cargarlas, comprometer los bogas y la espera de que amaneciera.

La monotonía del viaje por el río le había dado un descanso inestable por lo sucedido y lo que pudiera acontecer, incrementado por lo mucho que

transportaba, el sol, el calor, los gritos y los diálogos de los bogas, las paradas eventuales en la ruta. Aunque le había picado uno que otro mosquito, afortunadamente no se había enfermado de calenturas en que habían caído varios individuos. Era inevitable en estas regiones ardientes y contaminadas para nosotros que venimos del interior. Se propuso que al llegar a Mompox tendría presente allegar recursos médicos y adaptar una de esas amplias casas para hospital y otras tantas para cuarteles y almacenes de pertrechos. El intermediario para todo ello debe ser el cabildo, en especial sus alcaldes.

¡Qué distante se encuentra Mompox de Honda! Ya hoy es 16 de agosto y por fin he llegado a un sitio importante y mucho más cerca de Cartagena. Aprovechando su ubicación y sus buenos recursos, en esta villa ubicaré las tropas que irán hacia el interior para poner jaque al enemigo en el curso medio del río en Ocaña y además, están dispuestas a atacar a Antioquia si cae en sus manos. Mi experiencia me indica que es el mejor sitio por su ubicación intermedia entre el interior y la costa, el oriente y el occidente; podré encausarlo desde Cartagena.

Necesito que se recojan hombres de los poblados que abarca y de la jurisdicción de la provincia para ponerlos a cargo de un oficial competente como el coronel Francisco Warleta, e integrarlos a los restos de la Tercera División que van llegando. Aquí la dotación de embarcaciones es buena, pero son canoas y champanes para uso personal, el transporte y el comercio; afortunadamente, hay un astillero que podré usar en la construcción de buques aptos para combatir. Es necesario permanecer varios días para dejar lo más ordenado posible las cosas y comunicarme con el gobernador de la provincia. Le anunciaré mi llegada a Cartagena y le ordenaré disponga los preparativos más convenientes.

He tenido presente dar instrucciones a lado y lado de este caudaloso río a oficiales responsables de proteger los territorios limítrofes. Igual tengo comunicación con el comandante de Santa Marta, y las órdenes respectivas apuntan a indicar que es muy importante adueñarnos del Magdalena. El mandatario de Cartagena me ha informado, que supo por otros medios la debacle de la Tercera División y se encuentra en la tarea de la recolección de hombres que enviará con Warleta. En otro mensaje, se da por enterado de mi notificación de haber dejado a Santafé, con miras a respaldar “la salida

de la Audiencia, Tribunales y demás”. Igual se refiere a las medidas que he previsto para destruir a Bolívar, las sobreentiende acertadas según mis “altos conocimientos” y por ello, respaldadas por Morillo cuando las conozca. Me complace su actitud y en especial informarme que los habitantes de Cartagena se sintieron muy apesadumbrados al saber el hecho de Boyacá, lo cual indica su “lealtad y amor a la causa del Rey, nuestro señor.” (Friede, 1969, p.175).

Ha llegado a Mompox un fragmento del Cabildo Eclesiástico de la Metropolitana de Santafé. Sólo son dos de sus ocho integrantes, debido a la desafortunada muerte del arzobispo don Juan Bautista Sacristán y por el fallecimiento de su factible relevo, el arcediano don Joaquín del Barco, el digno prelado que abandonó la capital a pie y de repente falleció en el camino hacia Honda. También por ser un misterio la suerte de los demás integrantes, unos por permanecer en Santafé como el canónigo don José Domingo Duquesne, “postrado y gravemente enfermo” y don Juan Nepomuceno Cabrera también canónigo y no emigrante, y tres más de los que no se posee noticia. ¡Qué golpe ha sufrido la cabeza de la Iglesia neogranadina! Yo soy el Vicepatrono Real pero no puedo en estos momentos ocuparme de su reestructuración como lo desean los dos integrantes del Cabildo, que han venido a consultarme sobre un oficio llegado de España enviado por el Arzobispo sustituto junto con una cédula real. Ella se refiere a los movimientos internos en esa institución, un asunto que es menos trascendente que las tareas militares. Les he dicho esta verdad y no les ha agradado, en el instante que he determinado partir para Turbaco. Además, los dos clérigos han determinado separarse, el uno para permanecer en Mompox y el otro dirigirse a Santa Marta; aplazo el tema hasta llegar a Cartagena y relacionarme con su señor Obispo.

Percepciones desde la Real Audiencia

Eran las tres y media de la madrugada cuando conjuntamente el Virrey y siete hombres se reunieron a tratar sobre un suceso nefasto. La incómoda sesión fue escueta y rápida, con los rebeldes a sólo “dos jornadas” de distancia, una presión que hizo indispensable terminar cuanto antes. No hubo deliberación, sólo fue informativa, por lo tanto, una vez dicho lo que con brevedad el presidente tenía que comunicar, la dio por concluida. Luego, cada uno salió rápido a prepararse para partir y portar lo más que le fuese indispensable

en un viaje incierto y donde tomar descanso era exponerse a ser capturado o para protegerse en su casa si permanecía en Santafé. Lógico, no se pudo redactar un informe a Su Majestad. El acontecer no paraba y nadie pudo pronunciarse hasta que lo hicieron individualmente tres oidores al llegar a Cartagena expresándose desde puntos de vista personales.

1

Yo fui el primero, el 25 de septiembre de 1819; soy el Fiscal de lo Civil y Real Hacienda y me llamo don Agustín de Lopetedi y Garciarena. Luego seguí yo 25 días después, el Oidor Subdecano Gabriel García Vallecillas y el último soy el Oidor Decano Francisco Mosquera y Cabrera cabeza de la institución, el 4 de enero de 1820. En conjunto, presentamos tres versiones y motivaciones coincidentes en su destinatario, la Corona; variables en la narración y en sus referencias al Virrey.

Ahora deseo comentar el mensaje escrito en condiciones bien difíciles; soy el fiscal Lopetedi, afortunadamente en La Habana, a diferencia de mi estadía en Cartagena, una ciudad en crisis y con gentes desesperadas presintiendo lo peor. Yo, un extraño en ella, me encontraba en muy malas condiciones y ansioso de expresarle al Rey los grandes acontecimientos ocurridos y la situación personal, me desahugué en ese escrito (Friede, 1969, 274-283).

Como siempre al dirigirme a mis superiores y sobre todo a Su Majestad, dejé claro ser un vasallo dispuesto a obedecer ciegamente sus mandatos y considerarlo mi señor y padre. Me excusé por la tardanza en manifestarme en la narración al resaltar que por el oficio de Fiscal del ámbito civil y de Real Hacienda, no era mi deber informar los sucesos del Reino. Me motivaba su carácter extraordinario, mi amor al rey y la preocupación de ver esta tierra en grave riesgo de perderse.

Para familiarizar la referencia de mi persona, hice saber mi arribo y procedencia de Nueva España, para hacer notar el poco tiempo desempeñado en el cargo al ser sólo desde mayo de este año, y no haber podido contribuir a remediar el panorama inmediatamente percibido. Consistió en el malestar general de los neogranadinos, una agricultura muy atrasada e igual el comercio, el desorden fiscal y pobreza del erario y de las gentes. El Reino venía de pasados desordenes

políticos y precisaba un gobierno con políticas de fomento, someterse al dictamen de las leyes y cambio en el trato de la población.

Entré en materia con la situación vivida en mi cargo de Fiscal. En este tiempo, el gobierno hizo todo lo contrario al seguir una dirección correcta y ocasionó el aumento progresivo de la insatisfacción popular debido a los “espectáculos numerosos y frecuentes de sangre” y grandes cantidades de hombres forzados a “los presidios o las obras públicas”, las casas de los particulares convertidas en sitios de alojamiento de oficiales exigentes, la constante imposición de donaciones y empréstitos, el alza en las alcabalas, la sal y el aguardiente y la dureza en el trato al pueblo. Agregué al desastre anterior para resaltarlo, la caracterización de los habitantes; gentes pacíficas deseosas de vivir en paz pero desesperadas, sufriendo además humillaciones de militares y otras tantas opresiones, las cuales para intentar evitarlas emigraban de sus campos y surgió el vandalismo que asoló pueblos y haciendas y hasta se desplazó a los Llanos de Casanare ya convertido en insurrección. Tan notorio desorden ha creado un problema de escasez de moneda deteriorándose aún más el comercio, ante lo cual y para aliviar algo la economía, como respuesta a informes pedidos desde España, sugerí infructuosamente desestancar el aguardiente y el tabaco, así como aminorar los derechos de aduana incrementados.¹

Largo es recordar lo dicho por ser numerosos los actos gubernamentales errados y pertinaces, así como los males derivados hasta llegar al horrible tema del caudillo Bolívar. De ella referí la ignorancia de su incursión por encubrirse sobre la ruta seguida, a pesar de saberse de su marcha hacia la capital. En este punto, resaltaré el rompimiento de la costumbre de ser la Audiencia la consejera de los virreyes respecto a las circunstancias complicadas del Reino y por consecuencia, la implicación de no poderlo informar al Consejo de Indias.

En la narración del drama de la noche del ocho de agosto y la salida del nueve en la madrugada personalizaré, al informar cómo me correspondió recorrer tres leguas a pie junto con el fiscal del crimen don Eugenio de Miota, hasta tener la suerte de encontrar caballerías, pero con la pérdida de la totalidad de

1 Bien han sido descritos por Daniel Gutiérrez Ardila y años antes Juan Friede. Eran choques reiterados, conflictos de diversa índole, desde el inicio del gobierno de Pablo Morillo que continuó el virrey Sámano (Gutiérrez Ardila, 2016, Friede, 1979). Uno muy acentuado fue la intromisión del poder militar en las facultades de la Audiencia en asuntos de infidencia y sospecha de hechos y actitudes patrióticas.

los bienes. Lo haré para resaltar el paso indiferente del Virrey custodiado por su guardia, y sin ocurrírsele ceder sus caballos a los ministros de Su Majestad. Otro igual deshonor sucedió en Honda, cuando fue difícil embarcarse luego de hacerlo indiferente el Virrey y su guardia. Los ministros de la Audiencia se vieron abocados a luchar con la multitud por una embarcación como si fuesen cualquier paisano.

La terminación del escrito estará precedido por señalar cuál era la extensa pérdida del espacio dominado, la inminente expansión del enemigo, la actitud de un gobierno de proceder lento y misterioso en sus determinaciones y la única posibilidad de ser socorrido, la de Venezuela, región de donde se desconocía sus circunstancias. El remate de ello será la propuesta a Su Majestad de una única alternativa, relevar al causante principal de la situación por su comportamiento perjudicial a la Corona y a la población neogranadina. Si en su lugar se estableciera un nuevo mando con un cambio en la política militar, sería “el único remedio a tantos males”. Necesariamente sería un gobernante con sentido político y el respaldo de “un cuerpo respetable de tropas” como fuerza de persuasión. Anotaré que presiento será un remedio casi ya tardío, pero no había otro; la consideración hacia los neogranadinos y los rebeldes llevaría a una reincorporación ante un enemigo más poderoso y benigno dispuesto a castigar a los contumaces.

2

Yo siempre he pensado diferente al fiscal Lopetedi, cuando se tomaban determinaciones al interior de la Audiencia y mucho más al comentarse de política. Ahora ambos en Cartagena casi no nos tratamos y no oigo sus lamentos sobre tantas cosas de las cuales acostumbra opinar. Se ha creído poseedor de la verdad y tener alternativas de solución a las complejas situaciones del Reino; por supuesto ya debió escribir a Su Majestad diciendo como salvarlo de la invasión rebelde. Pero no he dicho mi nombre e intención de mi proceder en estos instantes, soy el Oidor Subdecano Gabriel García Vallecillos y me encuentro en la redacción de un oficio, para informar todo lo recientemente acontecido y con el objeto de lograr llamar la atención a las altas autoridades de la metrópoli y nos auxilién. En estos instantes el Virrey me ha concedido el honor de acompañarlo en su gestión, al entregarme el

gobierno político del Reino, para poder atender sus apremiantes deberes militares.² Destaco además ser como Oidor Subdecano, el ministro segundo en el rango interno luego del Oidor Decano en la Real Audiencia.

Por supuesto, parto de ser uno de los más fieles vasallos de Su Majestad y por serlo, me corresponde comunicar las desgracias del traslado de los ministros a Cartagena, precedido de su causa, la derrota de la Tercera División. He usado mal el verbo trasladar por no ajustarse a lo sucedido; nosotros huimos para evitar perecer. Casi es imposible narrar tantas adversidades en ese viaje, basta resumir en ser la marcha de un grupo de desesperado con sus “delicadas esposas y tiernos hijos”, los cuales anduvieron a pie en la oscuridad y la intemperie, hambrientos, temerosos de las gentes y sufriendo asaltos en la navegación. Por fortuna para mí, el padecimiento concluyó al arribar a Cartagena, donde permanecí inactivo, pues la Audiencia lo estuvo prácticamente un mes, hasta que el Virrey confiara en mi calidad de ministro y persona asignándome la función de procurar su restauración. Desde entonces soy su mano derecha y andamos por el mismo camino reconstructivo, en lo político, judicial, militar y fiscal.

Al contar los hechos es imposible dejar de lado la derrota de Barreiro al frente de un ejército sorprendido en la confrontación, fatigado, afectado por datos de un falso espionaje y una poca visibilidad que le impidió apreciar las condiciones ventajosas del enemigo. Lo venció una fuerza poderosa de alrededor de cuatro mil soldados, en la cual existían bastantes ingleses y negros de Santo Domingo. Ante la desigualdad, la derrota fue inevitable y rápida, casi una refriega desastrosa y no una batalla como se dice, al terminar un ejército en poder del otro y entre ambos poca mortalidad.

Reconozco que soy un personaje poco emotivo en su expresión y me compensa ser analítico. Por ambas condiciones, aprecio a Barreiro como un comandante víctima de las circunstancias y lo describo con menos señalamientos de lo acostumbrado. Del Virrey no tengo reproches, es un mandatario en situaciones muy difíciles y las afronta con valentía. En cuanto a su interés en reactivar la

2 Juan Friede caracterizó su oficio como mensaje burocrático, en el sentido de presentar un contenido con un menor sentido subjetivo y ofrecer una descripción esquemática (Friede, 1969, 289-291). En efecto su calmada expresión encerró un punto de vista: tomar partido favorable respecto al desempeño virreinal.

Real Audiencia, es una determinación básica, parte de instaurar en el puerto la estructura de gobierno preexistente. Esta vez articulando justicia y política, no como en Santafé donde existía un rompimiento. Ahora es indispensable la unión por la precariedad de gobierno y su necesidad de realizar apremiantes preparativos, con el objeto de reconstruir su fuerza militar.

3

Bueno, se ha hablado mucho del transcurrir reciente en este Reino. Voces y voces repetitivas y deseo aclarar lo dicho, no aquí donde todo es un afán sino más allá, en mi amada España y a su digno Soberano. Soy el Decano Regente de la Real Audiencia Francisco de Mosquera y Cabrera, cabeza de la institución.

Apenas puedo escribir recién llegado a Cartagena el 4 de enero de 1820, después de caer gravemente enfermo en el camino y de tener una estadía de recuperación de cuatro meses y medio en “uno de los pueblos del tránsito”. Ha pasado bastante tiempo luego de ocurrir la gran derrota y la Audiencia no ha enviado aún un informe a España; en parte es explicable por el desorden producido por esos rebeldes nefastos de Venezuela, pero es una omisión al ser una orden establecida en una Real Carta.

Del fracaso militar haré esta síntesis: ocurrió la invasión del auto-titulado “Libertador de las Américas” y avanzó hasta situarse en Tunja a dos jornadas de la capital. El Virrey reaccionó con las disposiciones a su alcance y la Tercera División en la frontera militar con sólo dos mil hombres, se defendió heroicamente; tuvo triunfos, pero el contrario era más fuerte, tenía cuatro mil soldados (Friede, 1969, 304-309).

No podré dejar sin exponer acontecimientos de la tragedia, la Audiencia y el Virrey.

Primero, el presentimiento prudente de la institución y la indiferencia de Sámano a la sugerencia. Ocurrió un mes antes de la derrota militar, cuando se le advirtió la conveniencia de trasladar la Audiencia, el Tribunal de Cuentas y demás organismos básicos, a un lugar más distante de las ocurrencias negativas de la guerra; incluso llevar hacia allí los comerciantes, vecindario acaudalado, archivos y caudales. Se hizo el de los oídos sordos y hoy está

perdido el tesoro de la Casa de la Moneda y la Audiencia y el vecindario principal han caído en la miseria e infortunio. Es más, cuando el Tribunal le solicitó tenerlo al tanto del acontecer, respondió remitiéndola a consultar la gaceta oficial, un periódico destinado a informar sólo de logros y más logros. La consecuencia del desplante ocasionó la resignación de la Audiencia y su ingenua confianza en la habilidad militar del Virrey y en las versiones exitosas de la confrontación. Además, internamente el Tribunal convino no insistir en recibir información de primera mano para evitar agudizar su distanciamiento.

Sin duda, es esencial exponer lo sucedido con la noticia de la derrota y el proceder de la Audiencia. O sea lo siguiente: saberla sin un aviso oficial y por medio del rumor explosivo en la ciudad a una hora tardía. Acudió a palacio y el proceder de Sámano en la reunión fue decir sálvese el que pueda a Popayán o a Cartagena. Debo dejar en limpio el proceder nuestro, en un “acuerdo extraordinario” media hora después de la reunión virreinal ya en la sede del Tribunal. Determinamos dejar el archivo en poder de los escribanos de cámara y para evitar ultrajes a la dignidad real y del Tribunal, salvar el Sello Real. Agregaré mi protección de los fondos del Montepío por ser el Presidente de su Junta y pensar en los muchos perjudicados si se perdían.

El otro capítulo es lo inevitable: la frenética fuga y decir cómo causó más daños que el enemigo; me refiero a la estampida impresionante ocasionada y los perjuicios derivados a los fugitivos. Materiales por supuesto, pero también emocionales por los odios y temores desatados. Los unos contra los invasores, entre los santafereños en la disyuntiva de sus comportamientos frenéticos inmediatos a conocer la noticia y el aumento en la prevención y antipatía con un Virrey egoísta causante de haber perdido tiempo al huir, por no informar la derrota, lo cual conllevó a carencia de preparativos. Enfatizaré cómo el Virrey gozó de una buena cantidad de horas para organizar sus asuntos, conversar con los que le eran más cercanos, en particular con los jefes militares, calcular la mejor vía de escape, la forma de hacerlo y demás previsiones.³

3 Cuando se generalizó en la ciudad la nueva, toda ella entró en un frenesí nunca antes tenido. Previamente, sin saberse por qué, el ruido y los afanes de los que sabían el suceso debió despertar a más de uno y éste extrañado, porque el acostumbrado “el silencio de los sepulcros” se hubiese roto, se espantó y advirtió el ruido callejero con su movimiento

Al llegar a este punto sostendré esta tesis: el acontecimiento funesto implicó un grave error del Virrey al considerar que sólo en él estaba depositada la responsabilidad del cuidado del Reino y tenía la suficiente experiencia y capacidad para afrontar la arremetida rebelde. No únicamente fue un error, consistió también en oponerse a una disposición del Consejo de Indias, en la cual le ordenó compartir con la Real Audiencia la información actualizada del estado de la guerra. A los oidores no les quedó otra opción, que confiarse en las versiones triunfalistas de la gaceta oficial, para no causar un choque institucional.⁴

Finalmente debo hablar de Cartagena y el contraste entre la pobreza de los cartageneros y las “contribuciones mensuales” impuestas con el arribo del gobierno virreinal. Sámano exprime de una fruta casi sin jugo y se le puede convertir en algo explosivo. Al notificarlo, presintió que está próximo el momento en que se exigiesen mayores aportes y no haya cómo afrontar un contexto militar. La ciudad se encuentra comprometida con preservar toda la Costa Atlántica y el interior de la gobernación, fuera del intento de retomar el interior. Nosotros los ministros no somos los causantes de la situación cartagenera pero se nos considera copartícipes. No hay lado para dónde coger; nos cabe el dicho estar entre la espada y la pared.

La responsabilidad de la Iglesia ante la derrota

Para nosotros es un verdadero alivio haber llegado al puerto de Mompox, por sentirnos a salvo después de doce días de correr grandes riesgos y dificultades

de caballos, voces que hablaron alto y acelerado, puertas de casas tiradas, ruidos de tropas transitar. La sospecha de una gran amenaza sobre la ciudad fue general y con mayor énfasis la advirtieron quienes la resguardaban (González, 1971, 62-63). Luego un reguero de sujetos con dirección a las afueras de Santafé que por la poca luz y la neblina los que iban a pie parecían bultos andantes y los en caballo figuras fantasmagóricas. Tan apresurada y traumática masiva migración incluyó los más influyentes realistas de la sociedad y entre ellos una buena cantidad de funcionarios de alto nivel, a quienes se les planteó la disyuntiva de huir sólo o con sus familias; unos las dejaron otras las llevaron.

- 4 El Decano Regente no advirtió, por no saberlo, quizás, que en la semana previa a la Batalla de Boyacá el Virrey desconoció las circunstancias de Barreiro y su División. De todas formas, si se hubiese enterado tampoco las hubiera revelado al Tribunal por varios motivos: no oía opiniones más allá de sus más inmediatos oficiales, no quería correr el riesgo de su difusión a través de indiscreciones, confiaba en sí mismo y el celo con la intromisión en los ámbitos políticos y militares.

a partir de habernos enterado de la derrota del ejército de Su Majestad (Friede, 1969, 176-178). Somos solo dos de los integrantes del Cabildo Eclesiástico Metropolitano, y debemos asumir el papel de la institución para comunicarnos con la Ilustrísima persona del Señor Arzobispo de Santafé en España, y ponerle de presente el drama de nuestra situación. Como se encuentra allí, podrá darla a conocer a las demás autoridades de la Iglesia y la Corona y al quedar en ambas instancias, serán, con su sapiencia, las que definan las acciones que consideren apropiadas respecto a un Reino muy afectado en ambos gobiernos.

Utilizaremos la diplomacia para presentar las determinaciones individuales que hemos tomado y para su adecuada exposición hay que comenzar con un antecedente, la fuga precipitada de 13 días hacia Mompo, en un recorrido riesgoso y acelerado seguida por el gobierno para buscar su protección. Antes de ello ocurrió la intensidad del momento en que se supo de la derrota militar con dos referencias, la de sentirse seguros porque así se lo aseguraba el mando virreinal y la de sólo cuatro horas en que abandonaron la capital el Virrey, la Real Audiencia, el Tribunal de Cuentas, los Oficiales Reales y el resto de las autoridades, seguidos de los más fieles vasallos de Su Majestad. Todos de forma tan precipitada que muchos vecinos sin portar más que la ropa que llevarán puesta y según recomendación de las autoridades para ir a donde se consideraran más seguros. En estas circunstancias, decirle al Excelentísimo que el Capítulo no pudo deliberar y cada uno de sus integrantes buscó resolver su situación de la mejor forma posible. Tres de ellos siguieron al Virrey y cinco no, uno, se quedó postrado en una cama y entre quienes salimos, ocurrió la desgracia del arcediano don Joaquín del Barco, no sólo por tener que marchar a pie sino también por fallecer en el camino.

En resumen, somos un Capítulo Eclesiástico desvertebrado, una situación que da a entender que la Iglesia del Reino se encuentra casi sin eje articulador usual. Está en nuestras manos la responsabilidad de cumplir el mandato de un oficio del arzobispo y una real cédula que lo acompaña, según las cuales debemos restaurar el gobierno eclesiástico. Dada nuestra precariedad, es urgente notificarle que no nos es posible y hemos definido tomar caminos diferentes en lugar de deliberar como institución. La mejor manera es indicarle que ante el desplante que nos ha hecho el Virrey al no querer atendernos porque ya partía para Turbaco y estar separados de los demás

integrantes del Capítulo. No hay forma de tomar una decisión a nombre de todos y nos separamos en busca de un sitio donde, dentro de tan grandes limitantes, cada uno esté mejor, el chanfre don Antonio de León en Mompox y el tesorero don Plácido Fernández Domínguez en Santa Marta. Para concluir, decirle que las circunstancias del Reino mientras sigan así, se debe esperar sin que ello quiera decir que no se asume la responsabilidad de tenerlo al tanto oportunamente.

1

Como responsable de salvar al ejército acantonado en Santafé y a los fugitivos del desastre de Boyacá, he marchado acelerado hacia la villa de Neiva para desde La Plata, cruzar la cordillera y descender a la ciudad de Popayán (Friede, 1969, 211-212). No voy solo con soldados, pues llevo algunos prisioneros importantes, entre ellos un tal doctor Vicente Azuero que por desgracia escapó en La Mesa. Se me persigue y esta presión hace que quienes están bajo mi mando sean temerosos y dubitativos de su suerte, por ello he insistido en animarlos para que tomen confianza en la empresa que iniciaremos. Mi objetivo en el sur, es formar un ejército poderoso que retorne a la capital y la recupere para Su Majestad. He cogido esta dirección por ser el camino alterno a Cartagena que tiene mejores perspectivas, porque sé que en esos territorios desde Popayán a Quito hay entre sus gentes sentimientos de fidelidad bien arraigados. He convenido con el Virrey una acción militar conjunta, la suya desde la Costa Atlántica y la mía desde el sur, y teniendo presente la intervención de Latorre desde Venezuela sobre Cúcuta y Pamplona, este esfuerzo será contundente.

Al ser indispensable en el recorrido aumentar la capacidad militar, he reclutado algunos hombres, poco a poco he crecido, pero es insuficiente porque al estar de paso, es poco lo que se puede hacer y hay que esperar para ver lo que aporten en Popayán, Pasto, el Patía y Quito, e integrar todo. Creo que seré bien acogido en esa ciudad, aunque lleve tan nociva noticia, que tendré que compensar, mostrando las posibilidades de recuperarnos. No obstante, encontraré resistencia molesta en esas bandas subversivas que subsisten porque se ocultan en las montañas y la selva. He previsto escribir al Obispo don Salvador Jiménez de Enciso, notificando la desgracia imprevista

que ha sufrido el ejército y el abandono de Santa fe, pero lo haré de una forma positiva. Lo mejor será expresar que la pérdida fue grande pero que la posibilidad de recuperarnos existe, al agregar que la derrota produjo la fuga de una buena cantidad de soldados nuestros y ellos retornarán a la lucha al reorganizarse. En suma, que el logro enemigo fue poder saquear a Santafé y esa actitud conducirá al desencanto de un número importante de seguidores, lo cual sumando a la aproximación de la 5° División a Pamplona y el Socorro, aislaría a Bolívar en Santafé y para huir tendría que ser por donde vino, los Llanos. Como síntesis de mi plan, le diré que una vez tenga mi división en forma, convendré la intervención con el brigadier Tomás Morales que dirige la 5°, para la cual requiero que su Señoría Ilustrísima preste toda su colaboración, tanto en recursos económicos como con su influencia sobre los vecindarios, pues ambos se complementan.

En verdad me ha sorprendido que el comandante Calzada me escribiera y mucho más el contenido de su oficio. No lo conozco, pero es la autoridad militar que debo respaldar de forma incondicional. Yo en mi calidad de Obispo de Popayán, en la respuesta usaré el calificativo “idolatrado Fernando” para referirme a Su Majestad y así mostrarle al comandante mi lealtad y disposición a apoyarlo (Friede, 1969, 220-221).⁵ Como es indispensable ser optimista sobre la perspectiva militar del momento, le mostraré el resultado de la gestión que he hecho y el efecto de las medidas que he tomado. Lo primero, es que el clero ha difundido una versión favorable sobre las implicaciones del evento en Boyacá y sobre la situación militar presente, y con ello, ha contrarrestado los rumores que tratan de impedir el apoyo a la causa real y a mi labor. Expondré que las versiones tienen una capacidad pequeña frente a la fuerza del clero y el entusiasmo logrado en las parroquias, de modo que todo el vecindario espera su arribo como una novedad salvadora, demostrada con vivas a su nombre, calificándolo de nuestro libertador. Por último, le indicaré que iré a recibirlo con una comitiva antes de ingresar a la ciudad, y esto animará a las tropas que conduce y a las gentes de Popayán.

5 Profundícese en la alusión del Obispo al monarca y luego su giro político en; (Pico, Pico, 2017). El tema de la traición o cambio de bando político es complejo y repetitivo en la historia, en especial la de las guerras donde los seres humanos en situaciones extremas deben variar sus comportamientos para lograr sobrevivir. Su presencia en la lucha política tiene a su vez variados matices que derivan en múltiples posibilidades analíticas.

Mi relación con el clero no tiene problemas, me obedecen en este momento especial cuando bien necesito llegar con su influjo a las comunidades. Así que les transmitieron la novedad del arribo de Calzada al frente de 2.000 hombres, la cifra que le coloqué para que creyeran en su capacidad militar, que sumada a las tropas existentes en la ciudad, sería aún más poderosa. Claro que tuve que ser determinante en la comunicación que le envié, al advertir a cada Cura Párroco que lo hago responsable de cualquier alteración del orden en su jurisdicción, porque presiento que en su feligresía exista uno que otro perturbador. Para infundirle ánimo sostuve que me tranquilizaba el hecho de saber que los generales Morillo y Morales estaban en camino hacia Santafé con nada menos que 12.000 hombres, o sea que la suerte del tal Bolívar estaba echada; espero que mis palabras fuesen creíbles. Para que la llegada de Calzada esté acompañada de un representante del Obispado, daré orden a un religioso en quien confío para que acuda a Totoró y se una a las tropas en su ingreso a la ciudad. Obligaré a los indios de ese pueblo a llevar al camino gallinas, puercos y manteca, porque presumen que no se les paga, al forzarlos les dirá que en caso de que ellos no lo hagan el Obispo lo hará.

Ahora también me corresponde intervenir en el monasterio de la ciudad en circunstancia tan inestable (Friede, 1969, 218-2|8). La Reverenda Madre Priora, debe aplicar estrictas medidas dirigidas a evitar que a su interior lleguen perturbaciones como se presentaron en épocas pasadas con filiaciones, simpatías y apoyos a la causa subversiva. La responsabilidad recaerá sobre ella, quien de ahora en adelante será la única que asistirá al locutorio y tratará sólo sobre asuntos del monasterio; tampoco las torneras y porteras podrán servir de vehículo de información sobre las circunstancias políticas. Por supuesto el monasterio no podrá servir como depósito de nadie que allí se refugie, tendrá sus puertas bien cerradas y como precaución adicional, la Priora me enviará la lista de los confesores para apreciar que tan seguros son. No está demás ordenarle que todas las alhajas del monasterio me sean enviadas para su resguardo.

Aunque le parezca extraño a algunos, soy un Obispo-militar porque así me lo piden las circunstancias y mi voluntad de servir a Su Majestad. El Gobernador se encuentra en el Valle y me ha cedido su autoridad sobre las justicias de la ciudad y sus partidos, al prever que si alguna flaquea en su compromiso de lealtad pueda intervenir. Me nace hacerlo, el sentimiento de lealtad que

guardo en mi interior es intenso, pienso que hace parte de mi obligación, de la unidad entre la Iglesia y la Corona. De otra forma, sería claudicar al peligro y vislumbro que todavía es posible vencerlo. Además, Popayán es una ciudad donde el rey Su Majestad Fernando Séptimo reina y con notoria simpatía, porque los desafectos son unos cuantos sujetos escurridizos.

Como el mandatario regional se encuentra en el Valle, el clero debe estar a su disposición por lo cual, le enviaré una autorización cediéndole toda mi autoridad sobre él para que pueda ordenarle lo que considere necesario y como hay que obviar la inmunidad eclesiástica que poseen los curas párrocos, le recomiendo que se valga de uno de ellos de su confianza a quien le delego mi potestad cualquiera que sea. Como noticia diré que arriba Calzada y sus 2.000 soldados y entre los preparativos que le tengo, está que hice llevar a Totoró 300 reses y 200 mulas y reunido aquí 1.000 hombres. Por supuesto, no hay que olvidar tratar otros aspectos militares menores y recomendarle permanecer allí. Si no es seguro, regresar para con más refuerzos retomar la tarea de poner orden en el Valle.

Es el momento también de pedir ayuda a Pasto y por su intermedio a Quito. La solicitud dirá que llega Calzada con un poderoso ejército que necesita reforzarse de inmediato. Para evitar sorpresas, por ser yo un Obispo, diré que el gobernador de la provincia me recomendó a su nombre hacer esta solicitud. La colaboración consiste en que envíen la mayor cantidad de hombres armados que sea posible, municiones y dos o tres cañones, con el objeto de que Popayán esté prevenida de un ataque, que si es adverso, no sólo a ella la afectará.

Hace unos pocos días arribó Calzada y aunque fue remiso a los honores, el último tramo de su recorrido lo acompañó una comitiva, y al ingresar a la ciudad lo esperé junto con el clero, los cuerpos militares y el cabildo. Está puesta la atención de muchos sobre él y sus preparativos de reordenamiento de la Tercera División; tareas que demandan tiempo porque requieren la llegada de suministros militares desde Quito, de hombres de diversos lugares y asistencia desde la ciudad. El problema es que no hay mucho tiempo porque entorno se cuajan nubarrones cada vez más oscuros, y uno de ellos ya no lo puede ser más: De la campaña del gobernador en el Valle, ha llegado la noticia de su muerte, de muchos heridos y prisioneros. Un acontecimiento

tan grave por donde se le aprecie, requiere ser castigado ejemplarmente por Calzada que bien se prepara para realizarlo. El peligro que se corre es dejar desprotegido a Popayán, sobre quien ya se vislumbra amenazas por el lado de La Plata y Santafé y no han llegado los refuerzos que proceden de Pasto. Presiento que él y yo tendremos que dejar Popayán y refugiarnos en el sur si fracasa de nuevo la pacificación del Valle; de todas formas, escribiré un exhorto a su feligresía como reacción a la muerte de su Gobernador, un verdadero desastre que nos ha impactado a todos.

Mi trato a los vallunos será lo más cariñoso posible con los fieles a la Corona y al contrario con los rebeldes (Friede, 1969, 227-229). A los que continúen sujetos a nosotros, los llamaré amados hijos de Jesucristo de quienes estoy pendiente de su felicidad espiritual desde el mismo día que asumí la Diócesis. A los rebeldes y simpatizantes los amenazaré con la llegada de un ejército que será implacable. El principio a resaltar es el del ministro de la Iglesia que vela en lo espiritual y temporal por su comunidad, aconsejándola, informándola y hablándole con la verdad, para que se conduzca correctamente ante las circunstancias presentes. Por esta razón, retomaré el mensaje en que informé la llegada de Calzada con su solvente ejército e indicaré que al igual que éste, mi propósito es infundir tranquilidad y hacer evidente los perjuicios que conlleva seguir a los que introducen el desorden, los mismos que asesinaron a su Gobernador y sobre los cuales caerá implacable el castigo.

El vicario de Cali me ha informado que contra mi mensaje, algunos intrigantes han aconsejado no creerlo, pero al parecer han fracasado porque no lo siguen los vecinos más ilustres, ni la población sencilla y pobre. Comentaré esto, para anotar que me ha emocionado en lo más profundo de mi corazón y por lo cual les imparto mi bendición pastoral. Igual advertiré que no teman a las tropas del Rey que arribarán, porque a ellas se les ha instruido para impartir un trato lo más suave posible a los vasallos de Su Majestad. Por último, debo expresar que siento un gran dolor y pesar por los hijos que se han desviado del sendero correcto, por lo mucho que van a sufrir a causa de su traición, cuando ella se debe al nefasto influjo de los malvados al interior de los vecindarios y ser los verdaderos bandidos que roban, ultrajan y asesinan. A ello agregaré la excomunión de todas las personas que apoyen la rebeldía y la suspensión de la autoridad religiosa de todos los eclesiásticos que lo propicien.

2

Soy Gregorio, Obispo de Cartagena y tengo la delicada responsabilidad de contribuir en este difícil trance a la defensa de la soberanía de Su Majestad y así corresponder a la solicitud del Virrey de pronunciarme ante mis feligreses de Mompo, los neogranadinos y el clero, para hacer ver la importancia religiosa de su participación en la defensa de nuestro soberano (Friede, 1969, 188-206). Muchas razones les podrían citar, pero me concentraré en las que les pueden ser más sensibles y para empezar lo mejor es aludir al aprecio que tienen los momposinos por su Villa, sus imágenes y templos. El trato será el de un padre que habla a sus hijos, al hacer ver que aquel tesoro que tanto les significa corre un inmenso peligro si cae en manos de los rebeldes. La forma como lo hare será así:

Por gracia del Señor sois mis amados hijos y debo deciros que con el esfuerzo de vuestros antepasados y a lo largo de mucho tiempo, han logrado disfrutar del más bello tesoro religioso que pueda poseerse, tan esplendoroso es para la gloria de Dios, que quizás en la América no exista otro igual. Y entonces, o desgracia de estos tiempos, en que será profanado y robado y la Villa mancillada si no luchan con todo empeño con las armas en la mano por la defensa de vuestro Rey.

Sí, este tono es adecuado y sobre esta base motivacional, mencionar que son un pueblo valiente, tanto que se encuentra dispuesto a morir por lo que más aprecia, en contraste con ese enemigo nefasto que al conocer su actitud decidida cobardemente lo teme. Y por supuesto manifestar que el reto los incluye a todos sin distinción de riqueza, raza ni condición social, para que dejen de lado sus diferencias y converger a su Dios, su Rey y su tierra en riesgo. Con su ayuda no será durable que los insurgentes serán derrotados y Santafé recuperada (Friede, 183-184).

Para el pueblo neogranadino he previsto llamarlo españoles del Reino y asumirme como el pastor que desde Cartagena siempre ha estado con él y llora, suspira adolorido por ver la ruptura de la sociedad, la religión y la política. Al expresar que es la gran familia que tiene un padre único, el Rey Fernando VII, poderoso, amado, virtuoso y bendecido por Dios que lo rige, debe coexistir bajo el sagrado principio armónico de no hacer al otro

lo que no se quisiera se le hiciese. Dicho lo anterior, interrogar y dar una inmediata respuesta a la preguntas ¿por qué muchos asesinan y roban a sus semejantes y se convierten en inhumanos y quién los ha llevado a asumir ese comportamiento? Consistirá en inculpar a traidores que por serlo se les asocia a lo más rechazable; a Robespierre y Nerón, a los hipócritas que hay que develar a la faz de todos en sus intenciones y embustes, al decir que no necesitan tomar nada de los neogranadinos, porque sólo les interesa la libertad de la América y por ella se han armado contra la tiranía. Como este es el aspecto central, hay que ser muy claro y desvirtuar la supuesta honestidad de estos rebeldes. Les diré, no ser ingenuo al ir a la guerra que propugnan porque serán utilizados como carne de cañón para sus beneficios personales, políticos y económicos; luego indicar que los ingenuos perderán lo poseído, la libertad, la tranquilidad, incluso la vida y la salvación por no ser verdad que sean desinteresados, pues mantienen su ejército no con su peculio sino con el de los demás. El mejor ejemplo a usar será Bolívar que no adquirió su inmensa riqueza con su esfuerzo y cuando se hizo un traidor, no la usó para sostener un batallón, sino que se valió del robo a los pueblos, ocasionado la destrucción de las familias. Por ello, lo llamaré un Robespierre que utiliza a neogranadinos y venezolanos para figurar en su papel de rey, de César, sin nunca tomar un fusil en un combate, porque hace que los demás expongan sus vidas y mueran. También lo es necesario calificarlo de comediante y farsante por presentarse como un rey al tratar a los suyos como esclavos e incluir este contraste: ¿Puede haber mayor desgracia cambiar al farsante por rebelarse contra un gran rey?

Es el momento de enfocar la circular al comportamiento del clero, porque en su seno han existido propiciadores directos del engaño. El punto de partida, es fijar su deber y señalar las implicaciones de su desviación respecto a una profesión celestial, le corresponde ser el mensajero de Dios, dedicado a enseñar el camino del bien, señalar el peligro del mal y definir las obligaciones al pueblo cristiano para guiarlo a su salvación. Pero ¿qué ha sucedido? Que existe entre ellos seductores de nefastas ideas para promocionar la ilusoria libertad que han prostituido su ministerio; son culpables de romper la armonía que deben propiciar y conducir almas inocentes a hacer parte de la rebelión para que sean sacrificadas. Por su grandísimo error, deberán responder

ante Dios cuando se les pida cuentas y sean señalados por las almas de los desventurados que por ellos murieron.

Igual hay que hacer énfasis en que rompieron un juramento sagrado de ser fieles al Rey y a sus autoridades cuando se consagraron y adquirieron el compromiso de obedecer a sus superiores eclesiásticos. También en que fueron beneficiados con curatos y otros tipos de ventajas. Sobre sus cabezas pende la responsabilidad de la pérdida de patrimonios religiosos en muchos lugares a causa de haber llegado allí la guerra, esa fuerza de un alcance destructivo que ha avasallado a las comunidades al verse incluidas sin poderlo evitar. No está demás agregar, que se oponen a que los pueblos sean regidos como monarquías legítimamente designadas, cuando es el sistema político generalizado en el mundo al gozar de la aceptación de sus súbditos, incluyéndose las personas más sabientes y dignas. La columna vertebral que les permite convivir conforme así lo dispuso Dios y la Iglesia se encarga de preservarla es el vínculo con su Reyes. Y ¿qué le ha sucedido a la cristiandad cuando este equilibrio social se quiebra? Encaja presentar la desgracia sucedida en Francia por la ruptura caótica de su orden político; su clero padeció la pérdida de cientos de sacerdotes, —entre ellos obispos y arzobispos— que murieron miserablemente a sablazos a causa de la dudosa libertad, solo proclamada y no hecha realidad. También se le debe indicar que la nuestra ha sufrido saqueos y destrozos en su patrimonio sagrado, para que se iluminen sus mentes y su corazón se sensibilice y cambie el rumbo al caer en cuenta que su comportamiento contradice las leyes, la religión y el proceder racional. Ojalá entonces, como San Pablo, este clero rebelde se reintegre al convencerse de las grandes diferencias que existen entre apoyar al Rey y Bolívar. No es sino ver que Su Majestad posee por legitimidad ser el heredero, el sucesor de decenas de reyes y Bolívar tiene por rasgo ser un traidor aparecido en nuestro tiempo; el Rey desea la felicidad de sus súbditos y el otro ha producido miseria e infelicidad. Si este contraste no lo persuade, bueno es agregar la amenaza del castigo que le puede llegar por deslealtad: su muerte, como la han impuesto con justicia los reyes por ser una alta traición, incluso a los eclesiásticos al ser desafortunados; esto fue lo que sucedió con Hidalgo y Morelos en Nueva España.

Para hacerle ver el extremo a que ha llegado la guerra por el furor de las pasiones que enceguece la razón, la sabiduría y la prudencia, hay que presentar

la muerte de españoles; la ejecutan ingenuos hombres del campo seducidos por palabras incendiarias de algún religioso. Este crimen es tan rechazable por inhumano, como el que ocurriese si en España se matase al neogranadino solo por serlo. Tiene su origen en una seducción perversa propiciada por el rebelde Bolívar y, entonces, el clero ¿a quién debe obedecer, a Dios o a él? Es un interrogante que el eclesiástico que ha dejado la causa justa debe hacerse. Su arrepentimiento y la iluminación del Señor, serán una reconciliación del cristiano que comprende su error, su Iglesia y el gobierno lo acogerán y él asumirá la misión de difundir la hermandad entre los hombres y por tanto, la armonía entre el español europeo y el americano.

Tan trascendental paso no sólo le significará no ser culpado sino también el abandono de una causa que como porvenir tiene signado un fracaso y por tanto, todo el clero neogranadino debe saber que Bolívar, tarde o temprano, caerá en manos de la justicia para ser ahorcado y en los instantes previos, llegará a su conciencia todas las culpas por haber hecho sacrificar a tantos ilusos. El infierno con sus padecimientos lo espera por toda la eternidad y en cumplimiento de la venganza divina por su malvado comportamiento.

El contenido de esta circular debe hacer referencia a los párrocos y feligreses que viven cerca del río Magdalena, por ser la vía de acceso a la recuperación del interior desde Cartagena. Lo mejor es asumirlos como comunidades amenazadas por individuos que prometen un futuro promisorio, para encubrir sus propósitos hipócritas y causantes de la división de las comunidades. La recomendación, por tanto, es desenmascararlos y una vez apresados, remitirlos al gobierno legítimo ante quien pagarán sus culpas, e informar que pronto en su ayuda acudirán por tierra y agua un contingente numeroso guiado por el valiente coronel Warleta. La protección que él les brindará, hace parte de una futura reacción triunfante de los ejércitos reales, pues al mismo tiempo, el coronel Calzada hace lo propio respecto a Popayán al frente de un ejército de miles de soldados, el general Latorre toma a Pamplona y Cúcuta y el general Morales está sobre Guasdealito con perspectiva de ir a los Llanos.

Es decir, a estas comunidades ribereñas el objetivo es infundir fuerza moral para resistir el efecto de la derrota sufrida por la Tercera División y la llegada del enemigo. Por lo tanto, también hay que calificarlo como alguien que los tratará con brutalidad por orden de un famoso y soberbio traidor de Su

Majestad, el magnánimo Rey que ha sido designado por Dios y por tanto sólo él la podrá deponer. Ese detestable personaje es Bolívar, y su presencia una amenaza para la Iglesia y de las creencias que todos profesan; su lema es falso: difunde que quiere la igualdad y la independencia de la Nueva Granada, pero no tardará mucho en huir al verse en peligro y dejará a quienes lo siguieron comprometidos. Ese lema de no diferenciar las comunidades entre sus componentes nunca se ha dado, porque jamás hubo la igualdad entre los hombres, ni han sido independientes y libres porque siempre el género humano forma sociedades donde unos dependen de otros. Por lo tanto, han existido las monarquías dirigidas por reyes, las repúblicas por sus gobernantes y los pueblos supeditados a ellos. La uniformidad que promulga Bolívar consiste en un orden autoritario regido por él con un círculo de personas, que al no ser iguales a los demás, los mandarán a obedecer sin contemplación. Él no será un libertador sino un tirano en contraste con el bondadoso gobierno de vuestro Rey.

Enjuiciamientos

1

Señor secretario de Guerra, si vuestra merced se preguntase cómo fue posible la derrota inesperada de la Tercera División, me corresponde a mí como Virrey del Nuevo Reino de Granada darle la explicación, y la puedo dar ahora en Cartagena sin las complicaciones y afanes de la precipitada fuga que debía hacer para salvar al gobierno (Friede, 1969, 274-283). Sucedió cuando el coronel don José María Barreiro, estaba a cargo de las operaciones destinadas a detener y derrotar la incursión del rebelde Bolívar y de su inmediato Santander, quienes pretendían adueñarse del Reino. Él no la pudo impedir, y el enemigo llegó al altiplano donde se ubica el corazón de este territorio y fue inminente una batalla decisiva. El coronel Barreiro tenía confianza de vencer, y así me lo decía en sus frecuentes partes que yo le respondía atendiendo sus solicitudes, hasta el 31 de julio que no volvió a comunicarse a pesar de separarnos algo más que una jornada de distancia. Entonces ocurrió el desastre del cual me enteré con gran sorpresa el 8 de agosto en la noche, habiendo acontecido el día anterior en la tarde. La suerte corrida por el comandante Barreiro, su oficialidad y la generalidad de sus

fuerzas se desconocía, pero no podía esperarse otra cosa que una gran pérdida de sus integrantes. Quienes me llevaron la noticia fueron exhaustivamente interrogados, pero poco podían informar y hubo que esperar hasta que en el puerto de Mompox varios oficiales fugitivos complementaron lo dicho. Según sus declaraciones se pudo deducir, que el coronel Barreiro incurrió en diferentes errores y los más graves fueron ser engañado por los movimientos de su oponente y verse involucrado en una batalla con sus tropas cansadas por haber sido sometidas a una jornada previa de nueve horas de camino.

Este triste desenlace dejó a la capital del Reino desprotegida, obligándome a salir en una marcha muy acelerada a la villa de Honda, de allí por el río Magdalena a Mompox y luego a este puerto de Cartagena. Mi retiro lo preví para proteger a la Real Audiencia, los demás tribunales, la emigración y los caudales. Antes de retirarme instruí al coronel don Sebastián de la Calzada, marchase a Popayán con las fuerzas que protegían la ciudad y las que recogiera en su camino. Previamente debía destruir el almacén de pólvora e inutilizar los cañones.

Como se puede dar cuenta señor Ministro, no tuve responsabilidad de la derrota por no estar al frente de la Tercera División y cumplir con la labor que me correspondía, la de apoyarla en sus necesidades cuando se me solicitó. Como mandatario del Reino, mi responsabilidad era global e incluyó numerosos aspectos y regiones que solícito atendí. Desafortunadamente, el golpe sufrido desestabilizó el gobierno en el momento en que con mano férrea trataba de mantener un clima político y militar controlable. Lo anoto así, porque existían focos de subversión dispersos en una amplia geografía abrupta aprovechada por bandidos escurridizos, los mismos que le causaban más de una sorpresa a la División, forzando a que los componentes de sus tropas se desempeñaran disgregadas. Un problema aún más grave, era la incursión enemiga desde Venezuela y los Llanos y en estos últimos, atender una extensa línea fronteriza hacia el altiplano de la capital.

La posibilidad de esa incursión fue advertida por el general Morillo, cuando se enteró del movimiento de Bolívar hacia el Apure para dirigirse al Arauca y Casanare en territorio neogranadino. Su respuesta solo alcanzó a ser parcialmente oportuna, porque el ejército desplazado al mando del mariscal de campo don Miguel de la Torre, arribó al Reino en una zona distante del epicentro de los acontecimientos centrales.

Previo a la debacle, quise que Barreiro entregara su cargo al coronel Calzada en momentos en que cayó enfermo, dicho oficial no lo cedió, porque argumentó que había sido designado por el Excelentísimo general Morillo. En resumen, señor Ministro, me encontré supeditado a la suerte que corriera el ejército que protegía el Reino y al presentir que existía una equivocada conducción, no pude evitarla. Ahora me encuentro a la defensiva y trato de remediar las cosas en medio de muchos limitantes, debido a que para reconstruir un ejército que enfrente las circunstancias, el esfuerzo y sacrificio, es gigantesco y la suerte futura incierta.

2

En el gobierno de la provincia de Cartagena a mi cargo, se ha dificultado su gestión con el arribo del Virrey, sus planes militares, sus intenciones de recomponer el gobierno general y la llegada de personas procedentes de Santafé. Todo ello, ha sido una carga imprevista e indispensable de atender con muy pocos medios, porque la ciudad y su provincia desde hace ya tiempo ha sufrido las consecuencias de la guerra, la depresión económica y el desorden político (Bell Lemus, 1991, 75-103). Así la encontré y me correspondió restaurar muchos aspectos que se habían alterado con el desajuste que desde 1810 implantaron los rebeldes que se autonombraban republicanos. Su utopía se convirtió en un caos, pero con tino político más que imponiendo radicalmente la fuerza, he logrado un manejo adecuado de las circunstancias, adaptándome a ellas y los habitantes a mis determinaciones. Pero en estos momentos la presión sobre mí y el conjunto de la provincia es de tal índole, que considero indispensable exponerla a Su Majestad, hoy que corre el día 18 de octubre de este trágico año 19. Incluyo el estado del Reino por ser mi deber, y porque la situación actual es de tal gravedad que es indispensable exponerla sin encubrirla por los alcances que puede tener.

Le recordaré que tres meses antes indiqué mi presentimiento pesimista sobre la conservación del Reino; hoy por desgracia ocurre (Friede, 1969, 296-303). Enumeraré los motivos que entonces aduje referidos a la gran brecha entre los neogranadinos y el gobierno virreinal: sentirse avasallados por los gravámenes, el trato que se les brinda, privarlos de recursos injustamente, castigarlos sin consideración por una justicia parcializada y encontrarse

dominados por el pesimismo. En otras palabras, debo decir que Su Majestad ha sufrido un grave perjuicio por el proceder virreinal, al pretenderse construir la lealtad por la fuerza, cuando en las presentes circunstancias el único camino a seguirse es de otro tipo, en el cual los funcionarios en sus actos hagan visible el trato justo, protector y paternal de Su Majestad y quede contrastado el proyecto rebelde de la libertad.

Este grave error, ha propiciado lo sucedido, tanto por la falta de apoyo de la población al gobierno como por la realización de un reclutamiento indiscriminado que perjudicó notoriamente a la economía y la familia. El resultado ha sido la conformación de un ejército con déficit notorio de disciplina y moral militar. En estas condiciones, la Tercera División era una fuerza sin convicción sobre el significado de la causa defendida y esta grave debilidad, la llevó a su disolución el 7 de agosto, el momento crucial en que se dispersó en lugar de confrontar al contrario con empeño.

A continuación, es necesario tratar la no defensa de la capital, su lamentable pérdida. Indicar que no fue correcto militarmente su entrega porque el Virrey hubiese podido valerse de soldados fugitivos que allí llegaron y de los recursos que en la ciudad había, además de resaltar que con antelación nada había preparado para su defensa a pesar de las recomendaciones de los oidores de la Audiencia y otras personalidades, entre ellas proteger los archivos y los caudales del Rey y de particulares al situarse en sitio más seguro. Como si fuesen pocas las anteriores fallas, el mandatario dejó a Santafé sin preocuparse por la suerte de los fieles vasallos de Su Majestad y causándole valiosas pérdidas en sus caudales y bienes. De esta forma los que pudieron salvarse de caer en manos enemigas, pero en condiciones humillantes como las de tener que ir a pie y sin equipaje, bajo el presentimiento de caer en manos enemigas, estar a merced de pueblos con comportamientos impredecibles, y varios de ellos, morir y, al lograr llegar a Cartagena, encontrarse en la miseria.

En cambio, el Virrey protegido por su guardia de infantería y caballería se demoró mucho menos que el correo para arribar al puerto de Honda. En este estratégico lugar hubiera podido permanecer y tendría a su disposición el río para una fuga apresurada. Con su estadía, Antioquia se hubiese podido defender. Tampoco apreció cuando llegó a Nare, que tenía posibilidades de haber asegurado el dominio de la angostura de Carare y con ella controlar la

navegación, pues continuó su precipitado descenso hacia Mompox. Respecto a su presencia en esta villa, diré que su arribo me significó una inusitada sorpresa por implicar la pérdida de la capital y gran parte del territorio, junto con saber que de la Tercera División vencida y, como pudieron, habían llegado a ella fragmentos de tropas leales, mientras otros optaron por el partido enemigo y unas más retornaron a sus regiones y familias.

Para plantearle mi relación directa con el Virrey, inicialmente expondré el primer encuentro en Turbaco a donde fui a recibirlo. Quedé tranquilo al exponerle el estado crítico de mi provincia para atender sus necesidades, en el sentido de haberme escuchado y sobreentender que respetaría esta precariedad. Luego diré que todo se fue al suelo cuando él, al enterarse que el enemigo había tomado la angostura de Carare se trasladó a Cartagena, donde a pesar de continuamente hacerle ver la falta de recursos para sostener la guarnición, la marina, las fortificaciones, la artillería, el conjunto de empleados arribados, la creación de almacenes de víveres para acumularlos en espera de ser sitiada la ciudad, implacablemente se ha comportado y ha hecho tortuoso hasta el trámite más simple, mientras cada vez que pasan los días el enemigo progresa en su amenaza.

¿Y qué ha hecho de positivo en su intervención militar? Diré mi opinión franca: destinar una tropa de ochenta hombres a reconquistar una Antioquia donde su población ha escogido el otro bando; otros 100 a Ocaña, que ya en ese lugar no puede agredir al interior por desconocer sus condiciones y lo último, congregar fuerzas en Mompox para intentar dominar el Magdalena. A este escaso logro se adiciona la orden de formar milicias en la provincia, Santa Marta, Riohacha y Valledupar, pero presiento un fracaso por no prever cómo alimentarlas.

Para finalizar resta destacar, la incondicional lealtad aun en tan difíciles circunstancias, que ponen en juego mi honor y responsabilidad de gobernante militar y la percepción de mi inmediato futuro y de la provincia a mi cargo. Le expondré a Su Majestad, que ni en caso extremo renunciaré a defenderlo y hay bastante probabilidad de ser derrotados. La única posibilidad que podría salvarla sería que la presión del general Miguel de la Torre, hecha actualmente desde la frontera de la Nueva Granada con Venezuela, haga que hacia allí se dirijan las fuerzas rebeldes para evitar su penetración por Cúcuta y Pamplona.

3

Estamos a comienzos de septiembre de 1820, y el panorama bélico desde mi llegada a América no puede ser más malo. (Friede, 1969, 260-267). Previo a la llegada de la noticia que me motiva a pensar así, la guerra si bien no nos favorecía en su balance, nuestra condición nos permitía afrontarla con un cierto equilibrio. Pero llegó la noticia y la impresión que me causó, me lleva a ser francamente pesimista con relación al futuro de tan larga lucha. Se trata de la derrota total de la Tercera División en la Nueva Granada ocurrida hace un mes, un desastre del cual carezco de información sobre cómo sucedió, pero basta el resultado para deducir que sus implicaciones son gigantescas. Es mi deber en mi condición de general en jefe del ejército de Su Majestad, informarlo al Ministro de Guerra y exponerle el estado en que se encuentran las tropas; lo primero es explicarle la trascendencia de la pérdida y luego lo demás que contribuye a hacer más críticos estos momentos.

Para comenzar con la acción del sedicioso Bolívar, hay que expresar que desde su llegada a Guasdalito y su movimiento al Casanare, yo dispuse contrarrestarlo con el desplazamiento de Miguel de La Torre para que se pusiese al frente de la Tercera División, pero lo detuvo la resistencia enemiga en la Villa del Rosario de Cúcuta en espera de refuerzos, hecho que le impidió llegar antes que los agresores y sucedió la desgracia. En efecto así la denomino, porque fue fatal el alcance, al perderse en la práctica todo el Nuevo Reino con su población y riqueza apoyando al ocupante, con la casa de moneda en la capital, los arsenales, las maestranzas y el erario real. Y como si fuese poco, el acceso al mar del Sur, la proyección hacia Quito e irremediamente por el estado de mis fuerzas, a Venezuela. ¡Qué paradójica guerra!; evaporarse todo lo construido con tanto esfuerzo, tantos muertos, tantos sufrimientos en una fugaz batalla.

Se ha desmoronado también la fidelidad en los neogranadinos. Definitivamente el tozudo Sámano, al parecer, pudo contribuir a ello, pero no es el momento de juzgar y no lo haré ante el Ministro. Más bien, un tema urgente es hacerle ver el abandono en que se me ha tenido al no atender mis solicitudes de apoyo militar, reemplazos y auxilios, situación que ha precipitado la circunstancia actual. Decirle que no nos ha faltado valentía sino respaldo desde una España, donde no se conocen las dificultades del territorio en que nos desenvolvemos

con su gran extensión, que permite al enemigo dispersarse ante las dificultades, huir y refugiarse en el Apure, Guayana, Arauca y Casanare. Menos aún, tiene conocimiento de la dureza de esas regiones y en ella la guerra fraccional con grupos de partidas rebeldes que roban, asaltan, bloquean el acceso a los recursos, el drama de la paulatina disminución de nuestros soldados oriundos de la península y la inconsistencia de los hombres venezolanos; y en el lado opuesto, la pertinaz osadía de los rebeldes. Lamentarme más no es propio de mi honor; este oficio no tiene esa intención. Tampoco la de mostrar una realidad atenuada por no ser la forma honesta de comunicar las noticias por malas que sean. Lo que debo enfatizar es que si a principios de este año de 1819, se me hubiese cumplido con el envío de un refuerzo conformado por cuatro mil soldados, la Guayana hubiese caído y con ello evitarse el ataque a la Nueva Granada; en el estado actual de las cosas, esta necesidad se dobla por lo menos para tener algún futuro. Terminaré el mensaje notificándole que sea como fuesen los días y meses por venir, no claudicaré en cumplir el mandato de Su Majestad, así como se me indicó cuando me embarqué a estas hostiles tierras.

Conclusión

Este trabajo deja como balance una especie de reproducción aproximada de la situación realista, al sufrir el contundente golpe de la pérdida de una batalla que le representó un momento crucial de su largo proceso bélico. Los personajes que a su nombre aquí se manifestaron, dan cuenta de una diversidad de reacciones encaminadas a comunicar lo ocurrido, sus comportamientos y juicios valorativos. Que se hubiesen expresado en forma dramática no es de extrañar; sirve de ejemplo a otros momentos de la larga guerra, en que muchos recibieron una noticia militar muy perjudicial, la cual los forzó a emigrar.

El caso específico aquí estudiado, al tratarse de personalidades gubernamentales de importancia en los campos político, militar y religioso, al responder a la crisis que se les presentó, se observa que las sensaciones experimentadas fueron una presión en que se mezclaron con mayor peso, las responsabilidades que tenían a sus intereses individuales. Por ello al asimilar el golpe recibido, cada una en sus respectivos campos buscó alternativas de resistencia y, en general, intervino con opiniones sobre la perspectiva militar.

Resta destacar que la exploración de la interioridad mental en momentos bélicos de gran tensión, se considera un camino fructífero tanto por la riqueza de expresiones subjetivas que contiene, como por su aporte al conocimiento de las circunstancias vividas.

Bibliografía

- Bell Lemus, Gustavo, Cartagena de Indias: de la Colonia a la República. Bogotá, Fundación Simón y Lola Guberek.
- Friede, Juan (1979). La otra verdad. La Independencia americana vista por los españoles. Bogotá, Carlos Valencia Editores.
- (1969). La Batalla de Boyacá -7 de agosto de 1819 – a través de los Archivos Españoles. Bogotá, Banco de la República.
- González, Florentino (1971). Memorias. Medellín Bedout.
- Gutiérrez Ardila, Daniel (2018). Soberana indiferencia, El discurso historiográfico frente al republicanismo popular colombiano. *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, 45 (1). Bogotá, Universidad Nacional de Colombia.
- Lee López, Alberto (1989). (Compilador). Los Ejércitos del Rey en 1819. Biblioteca de la Presidencia de la República, Bogotá, Administración Virgilio Barco.
- Martínez Garnica, Armando. (2019). El Bicentenario de la Independencia de Colombia 2019 y los retos de la celebración. Un encuentro en torno a las nuevas corrientes historiográficas. Bogotá, Mincultura-Archivo General de la Nación.
- Núñez Arancibia, Rodrigo Christian (2014). La Historia y las acciones humanas en el pensamiento de Robin G. Colling Wood. *Guanajuato, Valenciana*, 7, (13).
- Pita Pico, Roger (2017). Clero y lealtades políticas en la Independencia: el caso de Salvador Jiménez de Enciso, obispo de Popayán. *Revista Investigium IRE: Ciencias Sociales y Humanas*, VIII, (1) Pasto.